

Rescates

Vive en la casa de enfrente
una mujer muy anciana,
seca ya por los años,
arrugada en mil inviernos,
con la carne consumida
a dentelladas del tiempo.
Alienta terca la vida
que se niega a ser ayer.

Por las tardes,
si el sol llega a su ventana
acude siempre a su encuentro.
Llevan su silla de ruedas
hasta el estrecho balcón
y junto a la barandilla
deja que algunos rayos
templen su sangre fría.

Se esponja con la caricia
que le calienta los huesos
y se dibuja en su rostro
quizá el rastro de un recuerdo
de aquello que convinimos
en llamar felicidad.

Ella misma se sorprende
del instante de dulzura
y me mira
y me sonríe.

De la devastación cotidiana,
me rescata esa sonrisa.